



DECIAMOS MAÑANA

LA MODA DE LA DERECHA

POZUELO

ESTA circulando insistentemente el rumor de que la derecha es «lo natural», lo consustancial en el hombre. Se nacería siempre de derechas, por una especie de mandato imperativo genético, según los más evolucionados, y según los más antiguos porque Dios, simplemente, es de derechas. Hubo un tiempo en que se decía que era de izquierdas: fue la gran época de los sacerdotes obreros que partían hacia las fábricas y los arrabales para trabajar ellos mismos, con sus manos y el sudor de su frente, con el mismo heroísmo con que sus lejanos antecesores iban a las leproserías o a las tierras de hotentotes. Querían participar de la «condición obrera», y evangelizar a aquellos desesperados.

Pasó lo contrario: fueron ellos los evangelizados, los que se pasaron a los partidos de la izquierda: se les vio en las manifestaciones contra la OTAN y contra el colonialismo. Pronto fueron llamados al orden por la autoridad eclesiástica. Hoy quedan todavía unos cuantos; y algunos han renunciado a la sotana y hasta se han casado. Con lo cual demuestran que vivían en el error.

En aquella época se decía también que Dios era una mujer. «Y además negra» añadían algunos —los negros: sobre todo, las negras—. Esta reducción de lo inmarcesible a unas condiciones específicas de las clases en lucha no era en realidad nueva. Los alemanes decían «Got mit uns», Dios está con nosotros —lo cual no les

impidió perder sus guerras sucesivamente: ni siquiera se lo impidieron los militares más famosos del mundo por su sabiduría estratégica y su capacidad de mando—, y los americanos siempre han dicho que los Estados Unidos es «God's own country», la propia patria de Dios; y Clarence Brown dijo una vez que Dios hablaba en inglés («¡Imagínate al Señor hablando en francés! Aparte de unas cuantas anticuadas palabras hebreas, tengo la seguridad de que Dios nunca habló en otro idioma más que el digno inglés»).

Ser de izquierdas fue hasta hace poco una distinción intelectual. «*L'esprit est à gauche*», decía Sartre. Todo el mundo que aspirase a pasar por inteligente tenía que ser de la izquierda;

LA MODA DE LA DERECHA

lo cual consistía en albergar algunas dudas sobre el izquierdismo de los demás. Siempre ha sido una condición huidiza, esa es la verdad, y los compañeros miraban a los compañeros siempre con sospechas: nadie era suficientemente de izquierdas. Wells —el del «Hombre invisible» y «La guerra de los mundos»— visitó una vez a Stalin, le oyó explicarse, y luego le dijo: «Me temo que yo soy más de izquierdas que usted, señor Stalin.» El antecesor de Stalin, Lenin, dijo también en una ocasión histórica: «A mi izquierda, nadie.» El era *la* izquierda. Bueno, la izquierda era una aristocracia especial. Hasta tal punto que la derecha se vio obligada a perder su nombre, que estaba completamente desprestigiado. En España no hay ni un solo partido que haya querido poner el calificativo de «derecha» en su nombre. Cuando pasó aquello del cambio de régimen, ya tan lejano, toda la derecha se pasó al apelativo de «centro» y luchó sañudamente por él: era la única forma digna de asegurar que no eran de izquierdas, pero sin decir que eran de derechas. La derecha resultaba poco elegante.

Hoy empieza a correr ya el rumor de que se puede ser de derechas, e incluso que era casi obligatorio. No vayamos a decir conveniente o necesario, que eso siempre lo ha sido. Había una familia de izquierdas que lo pasaba muy mal —falta de trabajo, jornal menudo, y las condiciones habituales de suburbio, falta de escolaridad, etcétera— y uno de sus miembros propuso: «¿Por qué no nos hacemos de derechas, que esos siempre han vivido muy bien?». Puede que el gran motor de la nueva moda de la derecha ande por los aledaños de esa frase, no tan ingenua como parece. Algunos cambian porque la derecha tiene un gran porvenir. En el fondo es una característica española mostrarse contra el régimen que existe cuando eso no trae grandes preocupaciones inmediatas, para congraciarse con el que quizá pueda venir. Nunca ha habido en España tantos antifranquistas como los hubo en los últimos años de Franco, cuando ya parecía inofensivo para la generalidad; y el que se declaraba antifranquista estaba seguro de que no le iba a pasar nada por decirlo durante el régimen caduco, y en cambio esperaba ya una recompensa en el siguiente, si llegaba.

Ahora la moda está en enfrentarse con la democracia. Sobre todo, con

un cierto desprecio, un cierto desdén. Con esa fórmula aparentemente elegante que consiste en la burla, la ironía, el desapego. Los políticos vienen a ser una plaga, las Cortes una inutilidad, los partidos una perdición y las autonomías un desmembramiento. Preocupa extraordinariamente la libertad de Prensa; y la que hay se soporta mal. El español siempre soñó con una Prensa libre capaz de «meterse» con la situación, el régimen o los ladrones de la cultura. En general de «meterse» con los demás. La ingenuidad española que tantas veces se resuelve en soberbia consiste en que uno mismo se cree fuera de toda crítica posible. Tenemos conviviendo varias generaciones de críticos espontáneos y naturales, entre los cuales muy pocos aceptan la condición de criticables. La añoranza por la censura no sólo está en el poder —que hace lo puede, el desdichado, por restablecerla sin que se note mucho, como le pasa con tantas otras cosas— sino en la oposición.

De esta forma, la derecha ha empezado a encontrar que puede y debe declararse de derechas porque es una situación «natural». Se vuelve a pensar que el hombre es malo por naturaleza y que necesita una sociedad apremiante y coercitiva que le sujete. La maldad del hombre sería genética, intrínseca: estaría producida por la evolución de las especies, por la lucha de todos contra todos, por la supervivencia del más fuerte. Por lo tanto, el progreso de la civilización consistiría en sujetar a los peores de entre los malos para evitar que cometieran desmanes contra la sociedad. El que roba no lo hace porque necesite algo para comer que la sociedad no le da, porque tiene hambre; es porque lleva en su alma la huella de Caín. Los parados no lo son porque se hayan reducido empleos o porque la economía esté tomando unos derroteros en los que la mano de obra se reduce, sino porque son vagos. Después de todo hay sabios que han profundizado en este tema, y han llegado a esas conclusiones. Por ejemplo, Darwin —que jamás quiso ir tan lejos— y en general los pensadores, sociólogos y economistas del siglo XIX que se revolvía contra la Revolución Francesa —una cosa de malos—. Pero también en nuestros tiempos el sabio Konrad Lorenz emitió la tesis de la agresividad innata del hombre. Se volvieron contra él muchos otros científicos, y lo menos que le explicaron

era que su situación personal le llevaba a hacer unas investigaciones con el ánimo ya predestinado a una respuesta que llevaba dentro: avergonzado de ser alemán cuando se descubrirían los horrores de los campos de concentración y otras crueldades, emitió la teoría de que no sólo los alemanes, sino todos los hombres del mundo tienen un instinto agresivo, territorial y caníbal. Más o menos, que el hombre era malo por «naturaleza».

La «naturaleza», aquí, se confunde con los moldes políticos que han establecido unas clases poderosas. Con «lo que debe ser», con «lo que siempre ha sido». Hay una mayoría de hombres malos —preferentemente llamados rojos— y por lo tanto la minoría de las personas decentes deben sujetarles, sea como sea. Y ya se sabe que «la letra con sangre entra»: y ya se ve cómo era la juventud cuando se practicaba la enseñanza dura, y lo que ha venido a ser ahora. ¡Ahora! Se violan las leyes de la naturaleza. En torno a esta idea, se forma una mitología de lo que está pasando —que no es, naturalmente, lo que en realidad está pasando—: las cárceles son cómodos hoteles confortables que resultan un premio para los bandidos que, además, se escapan —porque no saben que el mundo exterior es más incómodo que la cárcel—; los jueces conceden demasiadas libertades provisionales y aun definitivas, con lo que perturban el trabajo de la Policía; la noche ciudadana es una turbulenta orgía de navajeros, prostitutas, homosexuales y jóvenes melencólicos.

Y a partir de todo esto, de apuntarse al régimen que viene y de reconocer que el instinto es malo —animalesco— y el hombre peligroso, y que uno lo pasa muy bien si es de derechas y muy mal si es de izquierdas, ha empezado a circular este rumor de que la derecha es «lo natural». Es un movimiento incipiente, pero que está provocando ya muchas conversiones. Y una tímida resurrección del valor del apelativo.

No es extraño que Dios también vuelva a ser de derechas: como siempre. Por algo ha elegido para que hable por él, como portavoz, a un Papa de derechas: es un importante detalle en el que se ve su grandeza. Naturalmente, nunca pudo ser de izquierdas, puesto que es bueno y justo; y si la izquierda lo pasa mal desde antes de que se inventara su nombre es por algo. No es extraño que el



Papa sea polaco y que en Polonia esté pasando lo que pasa: son signos de la providencia, y al nombre de Polonia mucha gente que era de izquierdas, o creía serlo, ha perdido la venda que tenía ante los ojos y se ha sumado a un movimiento católico, nacionalista, conservador y gremial. Ya lo decían los mayores, que esos eran los pilares de la sociedad: con la familia, el municipio y el sindicato. El camino de Damasco siempre se abre en el momento oportuno.

La llegada del Papa a España es otra prueba del providencialismo. Es evidente que lo que unos llaman «naturaleza» con un lenguaje positivista y hasta ecológico, los otros lo llaman providencia. No están tan lejos unos de otros como ellos creen. Los ecologistas más insensatos están seguros de que hay una especie de orden cósmico y, desde luego, terráqueo: saben

quien se come a quien y por qué; o mejor dicho, para qué. Todo estaba previsto desde el arranque de la historia, hasta el último mosquito comido por el último murciélago. Es curioso que esta religión que generalmente milita en la izquierda mantenga creencias tan obsesivas sobre la maldad intrínseca del hombre, cuya labor está destrozando, y en algunos casos ha destrozado ya sin reparación posible, el ritmo prefijado por la naturaleza. Se esfuerzan en desplazar la culpabilidad hacia el capitalismo, porque si lo achacan a la cantidad, al número, a la masa, dejan de poder inscribirse en la izquierda; y porque la demografía galopante pertenece al orden natural de las cosas, y si la naturaleza quisiera preservarse del exceso de habitantes de nuestra especie en su casa tomaría sus propias medidas —secretas, misteriosas, reple-

tas de sabiduría— para reducir la natalidad. Dios es ecologista. Y los progresistas detestan el progreso.

En fin, la moda va por ese camino. La izquierda comienza denostando a la izquierda: a la municipal y a la parlamentaria, a la de los partidos y a la de los sindicatos; a la de la Prensa y el pensamiento. Poco a poco va perdiendo su afición al pobre; y, desde luego, al llamado «Tercer Mundo». Los encuentra culpables de lo que nos está pasando a todos, sin fijarse demasiado en lo que les está pasando a ellos. La izquierda no quiere ser ya tercermundista y está dejando a la derecha que se ocupe de esta panda de desgraciados por los diversos medios posibles, que van desde el envío de armas a Turquía o al Salvador hasta el fomento de entidades caritativas y de emisiones de televisión para que se envíen ropas viejas a los negritos y a los camboyanos. Ya están los débiles izquierdistas medio sumados a la idea de que la Seguridad Social cuesta demasiado al Estado; y poco a poco van aceptando la idea de que el paro lo ocasiona ese instrumento que ha venido a ser otra forma de caridad en vez de una manera de justicia social.

Este proceso de metamorfosis tan paralelo al que convirtió al personaje de Kafka en insecto está pasando ya del desnudo a la izquierda —a los otros de la izquierda— a la nueva formulación de que la derecha es un asunto de la naturaleza. Hemos nacido de derechas: es decir, capaces de ejercer nuestro poder y nuestra voluntad sobre las mayorías, dotados de un instinto de propiedad privada, de posesión del terreno; con un ADN que dispone que el hombre y la mujer tengan cada uno su especialidad —el hombre, cazador: callejero, buscador de la comida; la mujer, guardiana de la prole— y ambos estructuren a la prole para que respondan a los mismos mandatos imperativos, y los lleven a colegios de pago que son mucho más seguros que los otros.

Lástima que todo eso lleve todavía el desagradable nombre de «derechas», tan desprestigiado. Pero, a fin de cuentas, eso no es más que un vocablo. Si se consiguiera una revolución lingüística por la cual lo que ahora es de derechas pase a llamarse de izquierdas, y viceversa, todo estaría en su orden.

Ya se está intentando. ■ P